

1

Simon Burns se despertó sintiendo que algo le mordisqueaba en la nuca. Había estado soñando que estaba nadando en el mar; quizás en el Egeo, en la costa de Creta, donde no había estado jamás. Había sido un sueño placentero y relajante hasta que sintió el mordisqueo. Entonces el pulso se le había acelerado por el convencimiento de que estaba siendo atacado por un tiburón o algo mortífero, y cuando se despertó se incorporó instintivamente y casi le da un codazo a su esposa, Alison, en la mandíbula.

—Eh —protestó ella.

Tardó unos segundos en percatarse de que no estaba nadando en el Egeo y que se encontraba en su piso de la Ochenta y nueve con Columbus.

—Ay, lo siento. —El corazón seguía retumbándole en el pecho.

Alison estaba sentada en la cama, abrazándole por detrás y besándole en la nuca. Vaya con el ataque de un tiburón sangui-nario.

—¿Un mal sueño?

—Bueno y malo.

—¿Cuál era la parte mala?

—Creí que eras un tiburón en Grecia.

—¿Así que un tiburón griego, eh? No soy tan terrorífica, ¿verdad?

—Era sólo un sueño.

Alison le besó de nuevo en el mentón y preguntó:

—¿Cómo te sientes?

¿*Cómo te sientes?* era el código que tenían para: ¿*Quieres*

hacer el amor? Últimamente no lo hacían. No era culpa de nadie; ambos habían estado muy atareados en sus trabajos a jornada completa, y cuando llegaban a casa se ocupaban de Jeremy hasta que se iba a dormir —algunas noches les daban incluso las diez—, y para entonces estaban tan hechos polvo que se derrumbaban en el sofá y se ponían a ver la tele. El doctor Hagan, su terapeuta matrimonial, les había mandado algunos ejercicios para potenciar la intimidad en su matrimonio —seguir saliendo por la noche, planear escapadas románticas—, salvo que con el cuidado de su hijo y el trabajo tampoco habían tenido mucho tiempo para nada de eso.

—Me siento muy bien —replicó Simon, intentando animarse.

La besó en los labios sujetándole la cabeza. Alison se recostó en la cama y él se colocó encima y le agarró las manos. Intentaba no distraerse, aunque le resultaba difícil no hacerlo. Echó un vistazo al reloj de la mesilla de noche: las siete cuarenta y cuatro. Era gestor de cuentas de una agencia de publicidad del centro, y en cuarenta y seis minutos tenía una reunión con un cliente importante. Intentó concentrarse en hacer el amor, aunque siguió preocupándose por la reunión y un ascenso pendiente, mientras reproducía en su cabeza fragmentos aleatorios de conversaciones mantenidas en el trabajo.

—¿Va todo bien? —preguntó Alison.

—Muy bien —mintió Simon—. ¿Por qué?

—Da lo mismo.

Él la besó con un ligero gemido, y sus ojos se movieron hacia la mesilla de noche: las siete cuarenta y cinco.

—¡Mamá! —llamó Jeremy, su hijo de tres años, desde su dormitorio.

Alison le lanzó una mirada que decía: *¿Te lo puedes creer?*

—Puede que se vuelva a dormir —aventuró Simon.

Prestaron atención, no oyeron nada y reanudaron la actividad amorosa, y entonces sonó el despertador con la música que tocaba todas las mañanas: «Beautiful Day», de U2.

—Las inconveniencias siempre vienen acompañadas —comentó Simon.

—¡Mamá! —volvió a llamar Jeremy.

—¡Ya voy, cielo! —respondió Alison. Se puso las bragas y masculló en un tono de frustración—: Esto es tan difícil.

Él también había saltado de la cama.

—Fue sólo un *coitus interruptus*.

—No, me refería a todo esto. —Hizo un gesto con las manos, abarcando la habitación con la mirada—. Los dos trabajando a jornada completa e intentando hacerle un hueco al sexo siempre que podemos. Y tengo la sensación de que nos estamos perdiendo toda la infancia de Jeremy.

—Vamos —objetó Simon—. Me parece que ahora estás siendo un poco melodramática.

—Ya sabes a qué me refiero —replicó ella—. Conseguimos dedicarle... ¿cuánto?, ¿tres, cuatro horas al día? No es suficiente.

Ya habían hablado de eso antes. Cuando Jeremy nació, Alison había considerado dejar su trabajo como representante farmacéutica e intentar encontrar algo a tiempo parcial, pero después de hacer multitud de números se dieron cuenta de que no podían apañárselas. A duras penas se las arreglaban en Manhattan con dos sueldos a jornada completa, e irse a vivir fuera de la ciudad sería igual de caro si se tenía en cuenta los gastos de transporte y la necesidad de tener dos coches. Así que habían decidido permanecer en la ciudad, conservar sus empleos y contratar a una niñera que cuidara de Jeremy entre semana. La situación distaba de ser infrecuente: la mayoría de los padres trabajadores de Manhattan tenían que contratar niñeras, aunque se hacía especialmente duro cuando Jeremy adquiría nuevos conocimientos, ampliaba su vocabulario o aprendía una nueva triquiñuela en el parque infantil. Ésos eran momentos que los padres jamás recuperarían.

—Me siento tan frustrado como tú —comentó Simon—. Si

lo de mi ascenso sale adelante, a lo mejor puedes reducir tu jornada o incluso dejar el trabajo. Pero hasta entonces, no podemos hacer nada.

—Lo sé, lo sé —admitió Alison—. Sólo digo que esto empieza a hacerse pesado, nada más.

Ella se puso una larga camiseta con «La mejor mamá del mundo» escrito encima y se fue a atender a Jeremy.

Simon se afeitó y duchó lo más deprisa que pudo y entró en el comedor mientras terminaba de vestirse, abotonándose la camisa. Jeremy estaba en su trona, desayunando: Special K y un cartón de zumo.

—Aquí está mi muchachote —dijo Simon—. Choca esas cinco, chaval.

Levantó la mano y Jeremy le dio una palmada.

—Chócala —respondió el niño.

—Así se hace.

Miró a Alison, que estaba descargando el lavavajillas. Se dio cuenta de que seguía disgustada por la conversación mantenida, aunque no había nada que pudiera decirle para hacerla sentir mejor, sobre todo cuando ya llegaba tarde al trabajo.

Terminó de abotonarse la camisa mientras se dirigió al armario empotrado, cogió la primera corbata que vio —la azul marino— y se la colocó alrededor del cuello sin ceñir, se puso el bléiser, cogió su maletín y regresó por donde había venido.

El timbre de la puerta sonó. Simon supo quién era antes de abrir: Margaret, la niñera.

—Hola, Simon, buenos días.

Margaret era la tercera niñera que habían tenido desde el nacimiento de Jeremy: Marianna se había ido cuando ella y su familia regresaron a Ecuador, y Linda lo había dejado para tener su propio hijo. Era raro que las niñeras pudieran permitirse dejar sus trabajos para cuidar de sus hijos, mientras que él y Alison no podían, aunque por otro lado las niñeras solían vivir fuera de la ciudad. Si querías vivir en Manhattan, en un piso que fuera más

grande que un estudio, en un edificio decente y en un barrio decente, entonces tenías que hacer sacrificios.

Margaret era, con diferencia, la mejor niñera que habían tenido. Jamaicana, de unos cuarenta y tantos años y con dos hijos criados, y lo más importante de todo es que era fantástica con Jeremy. Paciente y divertida, resultaba evidente que disfrutaba de verdad el tiempo que pasaba con el niño. Jeremy sentía una pasión loca por ella. Hablaba a todas horas de Margaret, a veces pedía que estuviera los fines de semana y se agarraba unos berrinches de espanto cuando la niñera se iba a su casa por las noches. Aunque era fantástico que tuviera unos lazos tan estrechos con su niñera, a veces eso era algo duro de aceptar para Simon, y sobre todo para Alison, puesto que les recordaba lo mucho que se estaban perdiendo por el hecho de que otra persona criara a su hijo.

—¡Viva, ya está aquí Margaret! —exclamó Jeremy con excitación. Se levantó de la mesa y echó a correr hacia la niñera, a la que dio un gran abrazo.

—Vamos, que tienes que terminar de desayunar —le ordenó Alison.

Jeremy la ignoró y se dirigió a Margaret:

—Quiero enseñarte el dibujo que hice ayer.

—Acaba de desayunar, haz caso ahora a tu madre —dijo Margaret, y Jeremy obedeció inmediatamente y volvió a su sitio.

Simon le echó una mirada a Alison y se percató de lo decepcionada y dolida que se sentía, aunque no lo demostrara realmente.

Cuando Margaret se ocupó de Jeremy, Alison volvió al lavavajillas. Simon apareció detrás de ella como una exhalación, la besó en el cuello y le susurró:

—El sanguinario tiburón ataca de nuevo. —Aquello ni siquiera le arrancó una sonrisa a su mujer. Y añadió—: Todo va a ir bien, cariño, te lo prometo. —Alison permaneció impasible. Él insistió—: Eh, como dice Bono, hoy es un día hermoso —y ella casi sonrió.

—Te comprendo —dijo él.

—Sí, me comprendes.

Simon llevaba trabajando en Smythe & O’Greeley, o S&O, siete años. Anteriormente había trabajado como creativo para una agencia más pequeña, pero le gustaba más su actual trabajo porque podía tener una mayor relación personal con los clientes, o sea, conseguía divertirse más. El ascenso a primer gestor de cuentas le permitiría una mayor aportación creativa, y eso supondría una agradable variación respecto a lo que había estado haciendo últimamente.

Cuando estaba pasando la tarjeta electrónica para entrar en las oficinas de S&O, Paul Kramer apareció por detrás de él y dijo:

—Llegando pronto para hacerle la pelota a Tom, ¿eh?

Paul era unos pocos años más joven que Simon. Al igual que él, era gerente de cuentas y candidato al puesto de primer gestor. En realidad, había cuatro candidatos de S&O para el puesto y —según los rumores— unos cuantos más de fuera de la empresa. A Simon le parecía que estaba en una excelente posición para hacerse con el puesto gracias a su antigüedad —llevaba en S&O más tiempo que cualquiera de los candidatos de la casa, incluido Paul, que sólo llevaba en la empresa alrededor de un año— y porque era el más cualificado para el puesto.

—No, es que tengo una reunión temprano —dijo.

—¿Con Tom? —preguntó Paul con una sonrisa taimada.

Tom Harrison era el jefe de ambos.

—No, con un cliente.

—¿Con qué cliente? —siguió preguntando Paul.

Seguía con su sonrisita, como si estuviera interpretando el papel de alguien que estuviera compitiendo maliciosamente por un ascenso, aunque era evidente que «estaba» compitiendo maliciosamente.

—Con Dave Milligan, del Deutsche Bank —respondió Simon.

—Te creo, te creo —dijo Paul—. Supongo.

¡Puaj!, Simon detestaba las intrigas oficinescas. No era muy competitivo por naturaleza. Había crecido sin haber participado jamás en ningún deporte organizado ni jugado en ningún equipo del instituto o la universidad. Aunque iba a los bares con los muchachos de la oficina a ver los partidos importantes por televisión, en casa no veía los deportes y realmente no comprendía la razón de que ganar o perder fuera para los demás una cuestión tan de vida o muerte. Llegar a aquellos niveles de trivialidad en compañía de sus compañeros de trabajo le parecía tan tonto como improductivo. En última instancia, ¿no estaban todos los de la empresa en el mismo equipo?

—Buenos días, Mark —le dijo a su ayudante.

—Buenos días —respondió el joven—. Los clientes acaban de llegar, están en la sala de reuniones. Los bollos y los cafés ya están servidos y les dije que enseguida estarías con ellos.

—Fantástico; muchas gracias por haberte ocupado de todo —dijo Simon.

Ése era el error que cometía la gente. Si eras mezquino con las personas, al final eso no te reportaba nada. Trata a los demás con respeto y ocurrirán cosas buenas; tal filosofía le había dado buenos resultados a lo largo de su carrera profesional.

La reunión con la gente del Deutsche Bank fue de maravilla. Estaban más que complacidos con su actual relación con S&O y querían aumentar sus gastos para el siguiente trimestre, y también discutir nuevas campañas para el próximo año.

Exultante por lo positivo de la reunión, Simon regresó a su oficina. Estaba a punto de sentarse a la mesa y empezar a esbozar algunas ideas para la propuesta cuando Mark entró y dijo:

—Tom te ha estado buscando.

—Gracias —replicó Simon—. ¿Dijo qué quería?

—No, pero quiere que te reúnas con él en el despacho de Joe McElroy inmediatamente.

—Fantástico, gracias.

Joe McElroy era el subdirector de recursos humanos. Simon imaginó que aquello tenía que ver con el ascenso; tal vez Tom quisiera darle la noticia en el despacho de Joe porque necesitaban revisar el convenio de beneficios. Simon no quería adelantarse demasiado a los acontecimientos y atraerse la mala suerte, aunque le resultó difícil no excitarse un poco. Llevaba siete años matándose a trabajar en aquel empleo, y era sensacional que al final recibiera la recompensa por sus esfuerzos. Con el aumento de sueldo podría incrementar las aportaciones a su plan de jubilación y al fondo para la universidad de Jeremy, así como hacer de vez en cuando alguna amortización doble del préstamo hipotecario. También podría llevar a la familia de vacaciones sin la sensación de debacle financiera, y quizás en uno o dos años, si conseguía otro ascenso con mayor sueldo o podía cambiar a otra agencia para mejorar, Alison podría dejar su trabajo y quedarse en casa con Jeremy cuando éste empezara el jardín de infancia.

Cuando Simon entró, Tom estaba junto a Joe delante de la mesa. Tom tenía unos cuarenta y cinco años, pero los veinte años que llevaba en el extenuante mundo de la publicidad e incontables almuerzos de negocios acompañados de unos cuantos martini, y otras tantas copas a la salida del trabajo hacían que pareciese unos diez años más viejo. Joe era joven y atildado y hacía pocos años que había terminado la carrera.

—Hola —dijo Simon.

Tom empezó a decir algo, quizás a devolver el saludo, pero Simon le cortó.

—Bueno, tengo algunas noticias fantásticas. Acabo de salir de la reunión con Dave Milligan y Andrew Chin, del Deutsche Bank. Parece que están dispuestos a ampliar un montonazo su cuenta de gastos con nosotros para el próximo trimestre.

—¿En serio? Eso es, en fin, fantástico —dijo Tom—, aunque yo...

—Lo sé, estoy entusiasmado —le cortó Simon—. Llevo meses tratando esto con esos tipos y creo que al final conseguí que se decidieran. —Se percató de que Tom parecía distraído, quizás hasta molesto por algo, así que preguntó—: ¿Va todo bien?

—No —respondió Tom—. Me temo que no. —Seguía sin mirarle a los ojos.

—Si no he conseguido este ascenso, lo entiendo —dijo Simon—. Sé que había otros candidatos y que sólo uno de nosotros puede...

—Lo siento, pero vamos a tener que suprimir tu puesto —soltó Tom.

Sobrevino un silencio, como el silencio después del lanzamiento de una bomba atómica.

—¿Perdona? —Simon no comprendió realmente lo que Tom había dicho; aquellas palabras carecían de sentido.

—Lo siento —repitió su jefe—. Tengo las manos atadas al respecto y todo esto me hace sentir fatal.

Simon sintió una náusea sorda en las tripas. Se sentía como si le hubiera asestado un golpe a traición, que en cierto sentido es lo que había hecho.

—Ahora puedes irte, Tom —terció Joe.

Cuando Tom salió del despacho, Joe le puso fugazmente una mano en el hombro y dijo:

—Lo siento.

Simon seguía en una nube. ¿Estaba ocurriendo eso realmente? Joe tendió una carpeta para que Simon la cogiera.

—Aquí se explica todo lo que tienes que saber sobre tu indemnización por despido y los beneficios....

La voz de Joe se fue desvaneciendo hasta convertirse en un zumbido. Los pensamientos se iban arremolinando en la cabeza de Simon, todos carentes de sentido. Al mirar a Joe, le pareció estar viendo una película muda a cámara lenta. Le oyó decir

«encantado de repasarlo todo contigo» y «responder a cualquier pregunta que tuvieras», y entonces la voz volvió a desvanecerse. Simon estaba pasmado por la frialdad de Joe, por que no mostrara ninguna emoción. Para el caso, Joe podría haber estado solo en la habitación, hablándole a una pared.

No recordaba haberse marchado del despacho de Joe. De repente se encontró caminando resueltamente por el pasillo, y entonces, en apariencia sin solución de continuidad, estaba en el despacho de Tom, diciendo:

—Es una broma, ¿verdad? No me estás despidiendo en serio, ¿no?

Su jefe estaba sentado a su mesa. Simon estaba tan alterado que estaba temblando de veras.

—No deberías estar aquí —respondió Tom.

—¿Estás de coña? —preguntó Simon—. ¿Qué demonios está pasando aquí? Vamos, cuéntamelo.

Tom respiró hondo y dijo a regañadientes:

—Mira, tú sabes cómo está la cosa actualmente. Es una cuestión de números, lisa y llanamente.

—Pero en aquella evaluación de rendimientos de hace dos semanas dijiste que estaba haciendo un trabajo excelente. Esas fueron tus palabras exactas: «Estás haciendo un trabajo excelente, Simon».

Joe entró como una exhalación en el despacho.

—Va a tener que abandonar este despacho ahora, señor Burns —dijo.

—¿Señor Burns? —dijo Simon, dirigiéndose a Joe—. ¿Me acabas de llamar señor Burns en serio?

—Haz lo que te dice —terció Tom.

—Vamos, te lo suplico —le dijo Simon a Tom—. Tengo esposa y un hijo, tenemos que pagar una hipoteca, la manutención y los cuidados del niño y...

—Hablo en serio —le cortó Joe—. No está autorizado a tener esta conversación.

—¿Por qué yo? —Simon continuó dirigiéndose a Tom—. ¿Por qué no otro? Me refiero a que Paul lleva aquí, ¿cuánto?, ¿un año? ¿Por qué no despedirle a él?

—Esto podría afectar a su indemnización por despido —insistió Joe.

—En otras palabras, ¿ni siquiera hablas conmigo? —El enfado de Simon iba en aumento, igual que el tono de su voz—. ¿Ni siquiera me das la oportunidad de defenderme? ¿Después de siete años? ¿De siete malditos años?

—Lo lamento, Simon —dijo Tom.

—Por favor, no hables con él —instó Joe a Tom.

—Oh, lo lamentas —observó Simon—. Ah, bueno, eso mejora muchísimo las cosas. Pero dime, dime una cosa —Simon sabía que estaba perdiendo el control, pero aun así continuó—. ¿Cuándo, en los siete años que llevo trabajando aquí, cuándo no he cumplido contigo? Todos los proyectos que te he entregado en su plazo, las reuniones a las que nunca he faltado. La única vez que me tomé un día por enfermedad en siete años fue cuando mi hijo tuvo la maldita gripe porcina.

—Si no sale ahora mismo —le amenazó Joe—, tendré que informar de esto.

—Mírame a los ojos —Simon seguía hablándole a Tom—. Mírame a los ojos y dime que no tienes nada que ver con esta decisión.

Su jefe desvió la mirada hacia la pantalla de su ordenador.

—Es increíble —dijo Simon, y salió del despacho con paso firme. Cerró la puerta de un portazo para impresionar y toda la endeble pared tembló y oyó que dentro del despacho se caía algo de cristal y se hacía añicos. Se dirigió de vuelta a su mesa sintiéndose aturdido y embotado, pero a mitad de camino se dio la vuelta y volvió a entrar en el despacho de Tom precipitadamente.

—Lo siento. No... no era mi intención hacer eso.

Su jefe ahora parecía cabreado, y se inclinaba sobre el marco

roto de un cuadro mientras empezaba a recoger los trozos más grandes de cristal.

—Vete ya, Simon. Se acabó, ¿de acuerdo?

Un corpulento guardia de seguridad había entrado en el despacho y estaba parado al lado de Joe.

—Lo siento —le dijo el subdirector de recursos humanos—, pero tienes que recoger tus objetos personales y abandonar el edificio ahora mismo. Kevin te echará una mano.

Simon permaneció allí varios segundos, paralizado, antes de marcharse. La gente de la oficina había dejado lo que estaban haciendo y atisbaban por encima de sus cubículos o levantaban la mirada desde sus mesas. Todavía envuelto en una neblina, sintiendo como si sólo estuviera allí a medias, los ignoró a todos. Sin saber cómo, acabó en su despacho, metiendo cosas en una caja mientras el guardia de seguridad permanecía cerca de la puerta, pero no recordaba haber cogido la caja y apenas era consciente de nada de lo que estaba haciendo. En un momento dado, Mark se asomó y dijo: «Eh, tío, lo siento de veras», pero Simon no le respondió y ni siquiera lo miró.

Cuando terminó de recoger sus cosas, la conmoción por haber sido despedido estaba empezando a debilitarse y la ira le golpeaba con todas sus fuerzas. Menuda mierda era aquello. Él no era un simple empleado a tiempo parcial ni un eventual. Había invertido siete años de su vida en trabajar para S&O, ¿y así era como terminaban? ¿Qué había dicho Tom: *Vamos a tener que suprimir tu puesto?* Tener, como si fuera un decreto divino o algo parecido. Después de todos esos años, ¿no podía haberle dado al menos un aviso, haberle hecho algún tipo de insinuación de lo que se le avecinaba? Pero no, no le había dicho una palabra, aunque —se percató de repente— sí que había habido algunas pistas. Como aquella reunión de personal de hacía dos semanas que Tom se «había olvidado» comentarle; y aquella vez (¿cuándo había sido?, ¿al final de la semana anterior?), cuando tomó el ascensor en el que iban Tom y Eric, uno de los directores creativos, y

habían interrumpido de repente su conversación... Cuanto más pensaba en ello, más cuenta se daba de que desde el principio había habido pequeñas y sutiles pistas, y quizá, si no hubiera estado tan estresado por el trabajo y con todo aquel calendario suyo tan disparatado, podría haber unido las piezas del rompecabezas antes y darse cuenta de que su puesto estaba en peligro.

No obstante, era tan cobardica por parte de Tom soltarle aquello por sorpresa. Sí, como si realmente supusiera que se iba a creer que él había tenido las manos atadas, que se había alzado en su defensa ante Andy Wallace y los demás tipos de la dirección. Si Andy hubiera sugerido despedirle, lo más seguro es que Tom hubiera consentido inmediatamente. O lo más probable era que hubiera sido idea de su jefe. En ese momento se lo imaginó con absoluta claridad: Andy reunido con Tom pidiéndole que le sugiriese de quién librarse —si de Paul o de Simon— y a su jefe diciendo: «Creo que deberíamos despedir a Simon».

Deseaba poder hacer algo —pasar por encima de Tom, presentar algún tipo de queja—, pero sabía que lloriquear por la situación no le iba a llevar a ninguna parte. En el mundo de la publicidad se despedía permanentemente a la gente; era el pan nuestro de cada día. Había tenido suerte de que, hasta ese momento, no le hubiera ocurrido nunca a él. Aunque sin duda había sido un error cerrar la puerta del despacho de Tom de un portazo y romper el marco de aquel cuadro. Después de todo, podría necesitar una carta de recomendación.

Abandonar la oficina fue una de las experiencias más humillantes de su vida. Aunque no vio a nadie observándolo, sabía que «todos» lo observaban. Sería la comidilla del día en la oficina... qué demonios, de la semana. Les contarían a sus esposas y amigos que Simon Burns había sido despedido y que había cerrado la puerta de su jefe de un portazo y roto el marco de un cuadro. Sólo quería salir de allí de una puñetera vez lo más deprisa que pudiera, pero se le antojó que tardaba minutos en ir desde su despacho hasta los ascensores. En ese momento, estaba

intentando centrar la vista en el vacío y ponerse en plan zen, pero le resultó imposible apartar los pensamientos de su cabeza. Aquélla era la primera vez que le despedían de un trabajo, se percató de pronto, y estaba absolutamente desprevenido para la desenfrenada avalancha de emociones. Se sentía avergonzado y la pena le embargaba, como un absoluto fracasado. También estaba aterrizado, sabiendo que era imposible que pudiera pagar las facturas con una magra prestación por desempleo. El mercado laboral estaba tan difícil que no había ninguna garantía de que pudiera encontrar un empleo ese año, e iba a tener que pulirse todos sus ahorros sólo para dar de comer a su familia.

Cuando subía caminando por Broadway, bajó del bordillo cuando el semáforo se había puesto en rojo y un taxi que circulaba a toda velocidad estuvo a punto de embestirlo. Aunque apenas puso atención cuando, envuelto en una nube, prosiguió su camino hacia la parte alta de la ciudad, con la sensación de que su vida se había ido a la mierda.

2

Su mujer se tomó la noticia mucho mejor que lo que Simon había supuesto. No quiso dársela por teléfono, así que se lo dijo en persona, cuando ella llegó a casa del trabajo y después de que Margaret se hubiera ido. Al principio, Alison se alteró y se puso hecha una furia, insultando a Tom y lamentándose por la completa injusticia del hecho, en especial por la manera en que había sucedido.

—¿Sabes?, puede que no sea tan malo —soltó de pronto.

Estaba en el sofá, mientras Simon daba vueltas de un lado para otro. En su habitación, Jeremy jugaba con su tren de juguete.

—¿Cómo que no es malo? —protestó—. Apenas nos las arreglábamos con dos sueldos y ahora tenemos sólo uno, y en la actual situación económica podría tardar meses o años antes de encontrar otro trabajo.

—Tal vez no tengas que encontrar un trabajo —dijo Alison. Simon dejó de dar vueltas.

—¿Me estás tomando el pelo, verdad? —preguntó. Sabía que no, así que continuó—: ¿Cómo se supone que vamos a sobrevivir? ¿Has visto las últimas facturas? Podemos utilizar mi indemnización para pagar las facturas de las tarjetas de crédito, y apenas dará para cubrirlas, ¿y luego qué? Sólo la hipoteca son tres mil doscientos al mes, y luego está la alimentación, las facturas, el sueldo de Margaret...

—Podemos despedir a Margaret —sugirió ella.

Entonces supo adónde quería ir a parar Alison.

—¿Y cómo se supone que podemos hacer algo así? —le re-

trucó—. Apenas nos arreglábamos con dos sueldos. Todo lo que tendremos es tu sueldo y mi paro, y recuerda que la prestación de desempleo no está libre de impuestos.

—Podemos recortar gastos —propuso Alison—. Comer más en casa, prescindir de algunos canales por cable, comprar al por mayor en Costco y no poner tanto el aire acondicionado en verano. Podemos gastar menos, mentalizarnos para hacerlo. Apuesto a que podemos ahorrar quinientos dólares al mes, tranquilo.

—Quinientos dólares no supondrán ninguna diferencia —sentenció Simon.

—Puede que consigamos ahorrar mil —dijo Alison—. Podemos coger más el metro y el autobús, y dejaré de derrochar en los masajes. Incluso puedo empezar a comprar el maquillaje en Rite Aid, en lugar de en Sephora.

—Sigo pensando que los números no van a salir —insistió él.

—De acuerdo, puede que tengamos que recurrir a nuestros ahorros durante una temporada, hasta que resolvamos cómo salir adelante. Pero no creo que tengamos que hacerlo durante mucho tiempo. Y si este año no hacemos aportaciones a nuestros planes de pensiones, ya repondremos parte del dinero.

—Sí, ¿y qué se supone que voy a hacer? ¿Ser un padre amo de casa durante el resto de mi vida?

—No, claro que no —dijo Alison—. Puedes seguir buscando un trabajo, pero en el peor de los casos, si no trabajaras durante un año o quizá dos, hasta que Jeremy empezara el jardín de infancia, la cosa no sería tan mala. A lo mejor podrías hacer algo como autónomo, dar asesoramiento desde casa, y mientras al menos uno de los dos estaría con Jeremy durante el día... y eso es lo más importante, ¿no te parece?

Simon tuvo que admitir que la idea no carecía de lógica. A Alison le iba bien en su trabajo, ganaba un sueldo decente y estaban cubiertos por su seguro médico. Además, al menos por el momento, no tenían más alternativa. Puesto que no tenía preparado ningún currículum actualizado, probablemente pasarían se-

manas antes siquiera de que pudiera empezar a realizar entrevistas.

—No sé, ¿de verdad me ves como un papá amo de casa?

—Muchos hombres lo hacen —replicó Alison—. El marido de mi amiga Julie, Ron, se queda en casa con sus hijos en Westchester, y conozco a unas cuantas personas en Facebook cuyos maridos no trabajan. Hoy día la gente tiene que hacer lo que sea para salir adelante.

—Pero ¿vas a ser feliz así?

—Más feliz de lo que soy ahora —respondió Alison—. En otras palabras, por supuesto que ojalá fuera yo la que se quedara en casa con él, pero me acostumbraré a ello, y creo que también será mejor para nosotros. En los últimos tiempos el trabajo te ha tenido muy estresado, y eso no ha sido estupendo para nuestro matrimonio. Puede que un descanso del trabajo sea beneficioso para todo, ¿sabes?

A él no le gustó la manera vaga con que le estaba culpando de sus problemas matrimoniales, pero no quiso darle mayor importancia. En todo caso, sería un posible tema a plantear en la siguiente sesión con el doctor Hagan.

—De acuerdo, estoy deseando intentarlo —dijo.

Durante el resto de la noche, Alison pareció entusiasmada con el nuevo plan y siguió dale que te pego con el nuevo programa, haciendo sugerencias sobre parques infantiles, posibles reuniones con amiguitos para jugar y espectáculos gratis por la ciudad para que Simon llevara a Jeremy. Aunque podía comprender las razones de que Alison pensara que sería estupendo que Jeremy fuera criado por uno de sus padres, la idea no le entusiasmaba tanto como a ella. Después de todo, ese día había sido uno de los peores de su vida. Le habían despedido de su trabajo e inopinadamente unos negros nubarrones se cernían sobre su carrera profesional. No es que quisiera una manifestación multitudinaria de compasión, pero un poco de compasión habría estado bien.

Hicieron su rutina nocturna: Alison preparó a Jeremy para acostarlo y luego él le leyó un cuento. Cuando el pequeño se quedó dormido, Simon se dirigió por el pasillo hasta el dormitorio principal y vio a su mujer en la cama usando su ordenador portátil.

—Hay montones de cosas para los dos por toda la ciudad —le informó, todavía rebotando optimismo—. Te estoy mandando por correo electrónico una lista completa de cosas para hacer. Va a ser fantástico. Os lo vais a pasar bomba los dos juntos.

Simon fue a la cocina y se sirvió una copa de Chardonnay de una botella abierta del frigorífico. Confiaba en que el vino lo serenase y le ayudara a olvidar la pesadilla de aquel día, pero cuando regresó al salón seguía tenso. Encendió el televisor —puede que sintonizara Comedy Central— y al final se quedó dormido.

Por la mañana Simon tuvo que despedir a Margaret. Alison le había sugerido que la llamara antes de que saliera de su piso de Queens, pero a él le pareció que eso sería demasiado violento; Margaret había sido la niñera de Jeremy durante casi dos años, y pensó que se merecía recibir la noticia personalmente.

Antes de que la mujer llegara, Alison llevó a Jeremy a dar un paseo en su cochecito para que el drama fuera menor.

Margaret pareció saber algo pasaba cuando se dio cuenta del silencio que reinaba en el piso.

—¿Dónde está Jeremy? —preguntó.

Simon decidió no andarse por las ramas.

—Lo siento, tenemos que prescindir de ti.

Le explicó la situación: lo habían despedido la víspera y sencillamente no podían permitirse pagar a una niñera.

A Margaret se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Créeme, sé muy bien por lo que estás pasando —comentó Simon—. Sé que mucha gente dice eso en estas situaciones, pero en este caso es verdad.

—Lo entiendo —replicó Margaret—. ¿Dónde está Jeremy?

—Pensamos que sería mejor que no estuviera aquí. Pero puedes hablar con él por teléfono más tarde y nos encantaría que vinieras a comer alguna vez.

—Gracias —dijo Margaret—, estaría bien.

Se estaba tomando la noticia con dignidad; Simon tenía que reconocérselo. No se había puesto a cerrar las puertas a portazos ni a romper los marcos de cuadros.

Cuando la niñera se marchó, se puso a dar vueltas por el piso. Al principio se sintió mal por tener que decirle adiós a Margaret, que se había convertido en parte de la familia, pero entonces aquella amargura se transformó en autocompasión por la manera en que había terminado su trabajo. Sí, Tom le había cogido totalmente desprevenido, y habían estado sucediendo montones de movidas secretas y apuñalamientos políticos por la espalda, pero había sido un gran error marcharse de la oficina de la manera que lo había hecho. Se sentía humillado, como si se hubiera puesto en ridículo.

Abrió su ordenador portátil y escribió:

Apreciado Tom:

Quiero disculparme por la forma en que discurrieron las cosas ayer. La situación me pilló desprevenido. Estaba conmocionado y realmente no fui consciente de mi comportamiento. Como es evidente, lamento mi reacción y estaría encantado de pagar la reparación del marco del cuadro. Sigo bastante impresionado y alterado, como es lógico, pero comprendo que el negocio es el negocio y espero que podamos sacarle el mayor provecho a una situación

adversa. ¿Qué te parece si almorzamos o tomamos una copa, tal vez en algún momento de la próxima semana, y hablamos de esto personalmente?

Una vez más, lamento lo de ayer y espero que nos reunamos pronto.

Con mis mejores deseos,

Simon

Leyó la nota varias veces y consideró que había logrado darle el tono perfecto. Quería que fuera respetuosa y pedir disculpas, pero sin mostrarse como un calzonazos; un equilibrio difícil de conseguir. Sólo hizo un cambio: «Apreciado Tom» por «Hola, Tom», buscando un inicio más informal y amistoso. La leyó de nuevo, le gustó aún más, y le dio a la tecla de enviar. Confiaba en que el mensaje le ayudara a reconciliarse con su ex jefe o al menos a iniciar el diálogo. El mundo de la publicidad de Manhattan era un pañuelo, y lo último que necesitaba era que se corriera el rumor de que era un tipo conflictivo y que había dejado su trabajo en S&O de mala manera.

Alison y Jeremy regresaron de su paseo.

—¿Dónde está Margaret? —preguntó el niño.

Era un chico inteligente y se percató del importantísimo cambio en su rutina diaria.

Al darse cuenta probablemente de lo violento que le resultaba a Simon dar la noticia, Alison intervino y dijo:

—Margaret ya no va a estar contigo durante el día. Desde ahora papá será quien se quede contigo.

Ahí fue cuando empezó el berrinche supremo. Los gritos evolucionaron rápidamente a una llantina incontrolable, las patadas y los molinetes de brazos. Alison tenía que prepararse para ir a trabajar, y cuando volvió del dormitorio enfundada en un traje de diseño de color negro y con zapatos de tacón, el pelo recogido en un pulcro moño y arrastrando una pequeña maleta con muestras de productos, la pataleta seguía en aumento.

—Tengo una prisa enorme —le dijo a Simon en la puerta—. Tengo una reunión dentro de quince minutos en la Sesenta y cuatro con Mad y no puedo retrasarme. ¡Uf!, siento dejarte así, pero esto sólo confirma que hemos tomado la decisión correcta; estaba demasiado unido a ella. —Le besó en los labios—. Llámame después y cuéntame cómo va el día. Buena suerte.

Se marchó, y con un niño de tres años histérico en los brazos, a Simon se le ocurrió de repente que ésa era su vida ahora: oficialmente, era un papá amo de casa.

Intentó tranquilizar a Jeremy con todo tipo de distracciones. Le sugirió leer y jugar con la Rana Saltarina, pero ni siquiera un intento de soborno con un helado de chocolate Amazon Valley de Häagen-Dazs surtió efecto. Sencillamente, no había razonamiento posible con un niño de tres años desquiciado. Si a los dos eran terribles, a los tres eran psicóticos. En todo caso, Jeremy se estaba poniendo cada vez más histérico. Todos los niños son maestros en controlar el tono y el nivel preciso de gritos para volver locos a sus padres, y su hijo no era una excepción. Siempre había sido un niño ruidoso —cuando nació era el más ruidoso de la sala de recién nacidos—, pero ahora, a sus tres años, sus alaridos eran especialmente ensordecedores y crispantes, al menos para los oídos de Simon. Pensó que un poco de aire fresco sería de ayuda, y lo puso en su cochecito... bueno, lo intentó. Jeremy, porfian-do hasta el extremo de resultar prácticamente inaprensible, no paraba de arquear la espalda y no dejaba que le pusiera las correas. Aunque Simon intentaba mantener la calma, se dio cuenta de que estaba gritando a su hijo. Entonces, decidiendo que ya estaba harto de aquella mierda, cogió al niño embe-rinchado en una mano y el cochecito en la otra y se fue del piso.

Llevó en brazos a su hijo histérico durante tres manzanas. En la Ochenta y seis, Jeremy estaba tan agotado por el berrinche que finalmente se dejó sentar en el cochecito. Simon también

estaba cansado y deseando que alguien le empujara a él por la ciudad el resto del día.

Fueron al parque infantil de Central Park, en la Ochenta y una y Central Park West. Simon había estado en aquel parque muchas veces los sábados y los domingos, pero entre semana las sensaciones del sitio eran muy diferentes. Los fines de semana había montones de madres y padres, pero de pronto se percató de que en ese momento era el único tío presente. Había unas pocas madres hablando entre ellas, y el resto de mujeres eran niñeras de aspecto extranjero.

Había pensado que Jeremy estaba hecho unos zorros y que jugaría tranquilamente el resto de la mañana, pero resultó que su calma era un ardid y que en realidad estaba guardando sus energías. Cuando Simon le dijo que era el momento de bajarse de su cochecito, el arrebato número dos no tardó en producirse. El niño se negó a moverse y empezó a gritar a todo pulmón, llamando a Margaret. Simon se convirtió en el destinatario de las miradas compasivas de las madres y las niñeras, aunque sabía que todas estarían pensando: *Mira a ese tío patético, no tiene ni idea de lo que está haciendo.*

Cuanto más ruidoso y frenético se ponía su hijo, más cohibido se sentía. ¿Se lo estaba imaginando o algunas de las niñeras se estaban riendo de él? Una estaba sonriendo maliciosamente y enviaba un mensaje de texto, puede que hablándole a una amiga sobre el papá abrumado del parque infantil que era incapaz de controlar a su hijo. Cuando Jeremy salió corriendo y agarró dos puñados de tierra del cajón de arena y se los arrojó a la cara, se hartó. Cogió a su hijo y, sin saber cómo, consiguió sujetarlo con las correas en el cochecito y salieron volando del parque infantil. El niño seguía gritando tan desafortunadamente que un par de coches que pasaban por Central Park West aminoraron la marcha porque los conductores quisieron ver qué demonios estaba pasando. Simon decidió que ya había tenido bastante: iba a empujar a Jeremy en su cochecito hasta

que se tranquilizara o se quedara dormido, lo primero que aconteciera.

Alrededor de dos horas más tarde, el pequeño se quedó dormido. Sudoroso y exhausto, Simon entró en un Starbucks de Broadway. Era casi mediodía, y Alison no llegaría casa hasta las cinco y media o las seis, o más tarde. Sabía que todos los días no serían igual de malos, aunque todavía no estaba seguro de que pudiera lograr ser padre y amo de casa sin perder la razón.

Comprobó su cuenta de correo electrónico esperando un milagro: Tom había reconsiderado su decisión, y él podría recuperar su empleo. Pero no, su ex jefe no había respondido todavía. ¿Era posible que aún no hubiera visto el correo electrónico? Probablemente tendría toda la mañana de reuniones, y si tenía algún almuerzo, podría no regresar a la oficina hasta las dos o más tarde. Quizás hubiera leído ya el mensaje en su iPhone, pero a veces Tom no respondía a los correos electrónicos a través de su teléfono y esperaba a estar de nuevo ante su Mac.

Jeremy se despertó de su siesta, y lo llevó a un pizzería de la calle Amsterdam para comer. Ya no lloraba ni berreaba, aunque seguía de un humor rezongón y difícil. Pidió un taza de salsa para mojar su pizza, y luego, por supuesto, no tardó en echarse la salsa por encima y derramarla por el suelo.

Intentando seguir la corriente y no cabrearse demasiado, Simon ignoró la probable subida de su tensión arterial.

—Muy bien, chaval, a todos se nos caen las cosas —e intentó limpiar la salsa con un puñado de servilletas.

Sólo había limpiado la mitad más o menos de la salsa cuando su hijo proclamó:

—Tengo que ir al baño.

—Muy bien, estaremos en casa dentro de unos minutos. ¿Puedes aguantarte?

—No —Jeremy estaba encogido, y su cara iba adquiriendo un tono rosáceo por momentos.

Simon y Alison le habían enseñado recientemente a utilizar

el inodoro, aunque el niño había tenido unos cuantos accidentes.

—Muy bien, vas a tener que esperar.

—Papi, se me está saliendo.

—No se está saliendo. Piensa en cosas sólidas. Piensa en ladrillos, cemento...

Lo cogió en brazos y lo llevó al baño, situado al fondo de la pizzería. Había una nota sujeta a la puerta con cinta adhesiva: «AVERIADO».

—Oh, vamos, tiene que ser una broma —se lamentó Simon.

—Creo que me hago caca —dijo Jeremy.

—No te haces caca —contestó—. Acero, hormigón, hierro forjado... —Entonces le gritó al tipo de detrás de la barra—. ¿Hay algún baño para los empleados?

El individuo negó con la cabeza.

Llevó a Jeremy de vuelta al cochecito, diciendo:

—Sólo estamos a unas pocas manzanas de un baño; ¿puedes aguantarte dos minutos? —Pero era demasiado tarde; la tez de Jeremy había adquirido una tonalidad rosa brillante y estaba contrayendo las facciones poniendo su «cara de hacer caca».

—No, la cara de hacer caca no —suplicó Simon—. La cara de hacer caca no. —De pronto le llegó el insoportable olor a excremento. Otras personas también lo olieron, y una mujer hizo una mueca de asco mientras se cambiaba de mesa con su porción de *pepperoni*.

—Está saliendo más —informó el niño.

Se dio cuenta de que Jeremy se estaba alterando, así que lo tranquilizó.

—De acuerdo, no te preocupes, todo va a ir bien, chaval. No pasa nada.

El olor empeoraba.

—Eh, ¿no te lo puedes llevar fuera? —preguntó un tipo sentado en una mesa próxima.

—Lo siento —se disculpó, y, cogiendo el cochecito y a su hijo cagón, salió a la calle.

—Creo que he terminado —dijo Jeremy.

La blanda caca se le estaba filtrando entre la ropa y le caía por la parte posterior de las perneras del pantalón, sobre el brazo y el pecho de Simon.

—Muy bien, tenemos que ponerte en el cochecito para poder llevarte a casa.

—Cámbiame.

—¿Cambiarle qué? No he traído ninguna muda.

—Margaret siempre lleva ropa.

—Bueno, yo no soy Margaret. —De inmediato deseó poder absorber las palabras y tragárselas. Recordarle que Margaret no estaba allí era lo peor que podía haber hecho, sobre todo con su hijo ya en un estado tan vulnerable—. Lo siento —dijo—. No quería decir eso. Sólo quería decir...

Pero era demasiado tarde. Los labios de Jeremy temblaron y sobrevino otro cataclismo emocional.

Intentó tranquilizarlo diciéndole que todo iría bien y sobornándole con promesas de helados, chocolatinas y nuevos juegos para su Rana Saltarina, pero nada surtió efecto. Jeremy ya estaba gritando como un histérico, forcejeando con él mientras trataba de sentarlo en el cochecito. Simon tenía ahora los brazos cubiertos de caca, y su hijo gritaba a pleno pulmón. Oficialmente, aquel día se había convertido en una pesadilla.

Renunció a ponerlo en el cochecito y lo llevó en brazos hasta casa. Una vez allí, le quitó la ropa manchada de caca, lo metió directamente en la bañera y abrió la ducha. Al principio el agua salió demasiado caliente, y Jeremy aulló y empezó a llorar de nuevo. Simon tardó alrededor de media hora en asearlo y ponerle la ropa limpia.

Necesitaba un descanso; era la hora de la niñera electrónica. Aparcó a su hijo delante del televisor para que viera PBS Kids, mientras él se conectaba a Internet en su ordenador personal.

Seguía sin haber respuesta de Tom, aunque todavía podría estar en un almuerzo o en una reunión o liado con cualquier otra cosa. A pesar de que el largo día le dificultaba la concentración, Simon quiso ser lo más productivo posible. Envío un par de correos electrónicos a sendos cazatalentos que conocía, aunque no era muy optimista en cuanto a que fuera a encontrar un trabajo rápidamente. Echar un vistazo a los últimos anuncios de ofertas de trabajo también fue bastante desalentador, y se dio cuenta de los derroteros que estaba tomando la situación: iba a estar demasiado cualificado para los trabajos disponibles, y los trabajos que quería no existirían. Tuvo la molesta sensación de que iba a estar parado durante mucho tiempo.

Después de enviar varias solicitudes más informales a cazatalentos y contactos que tenía en otras agencias, se dirigió a la página *web* del Departamento de Trabajo del estado de Nueva York para solicitar el subsidio de desempleo. Cuando terminó de rellenar el formulario *online*, respondiendo a preguntas tales como: «¿Ha buscado trabajo esta semana?», tuvo la surrealista sensación de «no me puedo creer que esté haciendo esto realmente». Si la semana anterior alguien le hubiera dicho que ese día estaría solicitando el subsidio de desempleo, habría pensado que tal persona estaba loca. La semana pasada había estado que se salía, centrado en el acuerdo con Deutsche Bank, esperando el ascenso con ilusión. Cuando introdujo su número de la seguridad social, se sintió absolutamente humillado, como si estuviera siendo despedido una vez más; podía oír a Tom diciendo: «Lo siento, pero vamos a tener que eliminar tu puesto», y sintió el mismo repentino retortijón en las tripas.

En ese momento llegó un correo electrónico. Quizá fuera el destino; Tom le respondía, diciéndole que agua pasada no mueve molino, o mejor aún, que quería volver a contratarlo. Quizá la pesadilla se hubiera acabado; estaba a punto de despertar. Quedarían para tomar una copa y limar asperezas y Simon no tardaría en poder reanudar su antigua vida.

El mensaje no era de Tom; era de Joe, de recursos humanos.

Estimado señor Burns,

En relación con el correo electrónico enviado por usted al señor Harrison esta mañana y en previsión del acuerdo pendiente sobre su indemnización por despido, le pido por favor que desista de manera inmediata de cualquier intento de comunicación entre usted y el señor Harrison.

Si tiene alguna pregunta más sobre esta cuestión, puede ponerse en contacto conmigo directamente.

Atentamente,

Joe McElroy

Subdirector de recursos humanos

Simon se quedó atónito. Permaneció con los ojos clavados en la pantalla sin expresión en la cara hasta que el salvapantallas se activó, y entonces se quedó mirándolo de hito en hito. ¿De verdad que Tom había reenviado su correo personal a Joe? Se sintió traicionado, humillado. ¿Después de todo lo que había hecho por Tom y la agencia durante los últimos siete años, después de todo el tiempo extra que había invertido y de haberle dejado en tan buen lugar en tantas campañas? Y para empeorar las cosas, se trataba de un tipo al que Simon había considerado amigo. De acuerdo, no un amigo «amigo», pero ¿cuántas veces habían ido a almorzar y a tomar copas después del trabajo o a entretener a los clientes llevándolos a los partidos de los Knicks o a los espectáculos de Broadway? Pocos años atrás, cuando Tom había pasado por una época difícil en su matrimonio, le había dado algunos consejos para que superara la crisis. Y en otra ocasión, cuando un pariente de Tom tuvo que someterse a una intervención qui-

rúrgica para implantarle un marcapaso, Simon se puso en contacto con un amigo que había sido operado del corazón por un renombrado cirujano, y el pariente de Tom acabó utilizando los servicios del mismo especialista. ¿Y después de todo eso, no sólo le había despedido, sino que había reenviado su correo electrónico a recursos humanos? No entendía qué había hecho para merecerse aquel trato. No había acosado a nadie ni cometido ningún delito; cuando Tom le comunicó el despido, sólo había roto el marco de un cuadro.

Simon empezó a dar vueltas por el piso intentando resolver qué hacer a continuación. Quería llamar a Tom —a veces el correo electrónico era una manera tremendamente ineficaz de comunicarse— y enfriar los ánimos, pero sabía que eso sólo empeoraría las cosas. Era evidente que su antiguo jefe intentaba evitar ponerse en contacto con él, y si empezaba a llamarlo ahora, después de la advertencia de «desistir de cualquier intento de comunicación», tal vez los mandamases de S&O trataran de joderle con la indemnización por despido.

No recordaba la última vez que se había enfurecido tanto. Peor aún, no tenía manera de expresarse. Sí, podría responder a Joe de recursos humanos. El hecho de que Joe se hubiera comportado de forma tan gilipollas en la oficina, y le hubiera enviado una nota tan formal y fría, era otra humillación más, puesto que Simon siempre había sido amable con él. Se saludaban en el ascensor y siempre que se cruzaban en los pasillos, y habían charlado en la zona de las máquinas expendedoras unas cuantas veces. Podría responderle, pero ¿para decirle qué? ¿Que estaba disgustado? No lograba superar el que Joe le hubiera llamado «señor Burns».

Volvió a leer el mensaje en su portátil quizás una docena de veces. Todavía estaba perplejo por la frialdad no sólo de Tom, sino de toda la empresa. Aunque no tuviera idea de lo que pensaban de la situación sus colegas, no es que su bandeja de entrada rebosara exactamente de despedidas cariñosas y palabras de áni-

mo. Muy bien, tal vez la gente era políticamente correcta y se atuviera a la política de la empresa, pero no podía evitar suponer que todos pasaban de él, de la misma manera que habían hecho Tom y Joe.

Siguió buscando trabajo en Internet, pero a medida que las búsquedas resultaban infructuosas, más se fue desanimando.

Alison llegó a casa sobre las seis y cuarto. Después de abrir la puerta, se detuvo y miró por el piso. Probablemente reparó en los platos sucios dentro del fregadero y sobre la encimera, en los platos del desayuno que seguían en la mesa del comedor y en Jeremy sentado en la alfombra viendo *Dora la Exploradora*, con todos los juguetes desperdigados a su alrededor.

—Supongo que hoy no vi la previsión meteorológica —dijo Alison.

—¿La previsión meteorológica? —Todavía absorto en los pensamientos de cómo se la habían jugado en la agencia, no entendió el comentario.

—No sabía que hoy pasaría un huracán por el salón.

Simon no sonrió. En su estado de ánimo, no le veía la gracia a nada.

—Oh, vamos, cariño, sólo estoy bromeando.

Alison besó a Jeremy y le dio un fuerte achuchón, se acercó a Simon y le besó.

—Bueno..., ¿cómo ha ido?

—¿Cómo ha ido qué? —preguntó él.

—Tu primer día como padre amo de casa.

La expresión de exasperación de Simon debió de decirlo todo.

—Así de bien, ¿eh? —dijo Alison—. Quiero oírlo todo más tarde, sólo tengo que hacer una llamada importante en unos minutos. Ah, ¿y sabes qué? He cerrado aquel gran acuerdo en el que he estado trabajando.

—¿Acuerdo? —preguntó Simon.

—Con el doctor Wong. Hoy nos ha hecho un gran pedido.

—Eso es estupendo —Simon intentó con todas sus fuerzas parecer que se alegraba por ella.

—Sí que es estupendo —recalcó Alison—. Creo que podría convertirse en un contrato lucrativo, quizá sobre múltiples líneas de productos. Claro está que todo depende de cuántas recetas extienda, aunque ahora mismo el asunto parece muy alentador. —Eché un vistazo a Jeremy, que estaba sentado como un indio sobre la alfombra delante del televisor—. ¿Cuánto tiempo lleva viendo la tele?

—No lo sé —dijo Simon—. Unas cuantas horas.

—Sólo debería ver la tele media hora o una hora al día como máximo. —Alison apagó el televisor y le dijo a Jeremy—: Hora de cenar.

Entonces examinó la cocina.

—¿Todavía no has empezado a hacer la cena? Tiene que cenar a las seis y estar en la cama a las ocho. —Las aletas de la nariz de Alison se dilataron—. ¿Por qué el piso huele a caca?

—Tu estás al cargo ahora —respondió Simon, y se llevó el portátil con él al dormitorio.

Durante la cena Simon siguió igual de gruñón y sin ganas de hablar sobre cómo había transcurrido el día.

Después, cuando Jeremy ya estaba acostado, Alison se sentó a su lado en el salón.

—¿Ya estás listo para hablar?

Simon le contó lo de la debacle de la caca en la pizzería.

—¿Y por eso estás así? —preguntó Alison—. ¿Por un poco de caca?

—No fue un poco de caca, fue mucha caca.

—Ya sabes lo que dicen —dijo ella—. La caca existe.

—A ti te resulta fácil de decir. No tuviste que caminar cinco manzanas cubierta de caca —replicó Simon, casi con una sonrisa.

—Podrías haber cogido un taxi.

—Estamos intentando ahorrar en taxis, ¿recuerdas? Y deberías haber visto a Jeremy, estaba histérico. Te juro que fue como si me hubiera encontrado de pronto con un niño poseído por el diablo o algo parecido. Estaba temblando y babeaba. Creo que lloraba con más fuerza que cuando nació.

Alison se echó a reír.

—¿Te parece divertido?

—No —replicó, sin dejar de reírse—. Vale, sí, me parece divertido.

Simon no pudo evitar echarse a reír él también.

—Créeme, si hubieras estado en mi lugar hoy, ahora no te estarías riendo.

—Si no hubiera sido la caca, habría sido otra cosa —comentó Alison—. Un día se caerá del tobogán y necesitará que le den puntos, o le picará una abeja o se pondrá con una fiebre de caballo de buenas a primeras. Sólo hay que poner al mal tiempo buena cara.

—Eso no es lo único que ha pasado hoy —prosiguió Simon.

—Oh, no, ¿y qué más ha pasado? ¿También se te cagó un pájaro encima?

Alison soltó una carcajada, pero él puso cara de palo.

—Lo siento —se disculpó ella—. Sólo estoy bromeando. Vale, ¿qué es lo que ocurrió?

Simon le contó lo del correo electrónico a Tom y la respuesta de Joe.

—Sé lo frustrado que te sientes —dijo ella—, pero el pasado es el pasado, y ahora tu responsabilidad es Jeremy, no tu antiguo trabajo. Tienes que superarlo.

—Me parece que he podido cometer un gran error.

—Oh, para, sólo es un correo electrónico. No hay que sacar las cosas de quicio.

—No, me refiero a haber despedido a Margaret. Pensé que podría manejar todo este asunto de ser un papá amo de casa, pero no creo que esté hecho para esto.

—Eso es ridículo. —Le tranquilizó Alison—. Eres un padre estupendo, y eres fantástico con Jeremy. Y sólo ha sido un día. Tienes que darte una oportunidad.

—Pero no para de preguntar por ella.

—Tiene tres años. Tardará algún tiempo en acostumbrarse.

—Quizá podríamos pagarle a Margaret con nuestros ahorros.

—Necesitamos ese dinero para la hipoteca y el mantenimiento del piso y, ah, ¿qué me dices de la comida? ¿Te has olvidado de la comida? Ya hemos hablado de esto y hecho todos los cálculos, y ahora mismo no hay otra manera.

Simon sabía que tenía razón.

—Bien, no sé si podré soportar otro día como hoy.

—Creo que lo que necesitas es un horario —sugirió Alison—. Tienes que controlar inflexiblemente el cuidado del niño, como si fuera un trabajo. A las nueve haces esto, a las diez aquello, el almuerzo a mediodía, etcétera, etcétera. Y también tienes que cambiar de actitud. Tienes que darte cuenta de lo afortunado que eres. La mayoría de madres y padres matarían por conseguir pasar más tiempo con sus hijos, y ahora tienes esa oportunidad. —Le sujetó la mano y se la apretó—. Eres un «papá», tienes el mejor trabajo del mundo. Organízate el horario a tu antojo, toma todas las decisiones y piensa en la fantástica seguridad laboral que tienes. Después de todo —le besó en la mejilla—, nadie podrá despedirte jamás del trabajo de ser padre.